

Una boda y un funeral

El tiempo pasa para todos y trae sus consecuencias inevitables. Abraham envejece junto con su esposa y la muerte llega a su tienda. El capítulo 23 de Génesis, donde comenzamos hoy, habla sobre la muerte de Sarah. El versículo uno nos dice que falleció a los 127 años. Y como Abraham todavía está peregrinando por las tierras de Canaán, tiene dificultades para encontrar un lugar para el entierro.

El entierro tiene un gran valor en la tradición de los hebreos. Por ejemplo, la tradición hebrea dice que si alguien encuentra a una persona que ha muerto y no fue enterrada, que está tirada por el camino, incluso si es sábado, esa persona debería ser enterrada. ¿y cuál es la racionalidad detrás de esa actitud tan decidida? Esta forma de pensar está relacionada con el hecho de que el cuerpo humano tiene valor, debe ser tratado con dignidad y respeto, cumplir el hecho que el cuerpo humano vuelva a la tierra de la cual fue formado como dice Génesis, y además con la esperanza de la resurrección. Por lo tanto, Abraham tiene una gran preocupación por el entierro de Sara y el texto nos dice que hablará con los hititas. La versión de la Biblia Reina Valera de 1960 los llama los hijos de Het. Estas personas son más conocidas en la literatura como hititas y así los denomina la versión Reina Valera Contemporánea. Luego él habla con Efrón, llegan a un acuerdo y por 400 piezas de plata Abraham compra una propiedad, una especie de campo llamado Macpela.

Dice el texto en el versículo 19 que “después de esto Abrahán sepultó a Sara, su mujer, en la cueva de la heredad de Macpela, al oriente de Mamre, que es Hebrón, en la tierra de Canaán.” Y tanto el campo como la cueva fueron transferidos a Abraham por los hititas como propiedad funeraria. Entonces, aquí se cierra un ciclo de vida, la esposa del patriarca a través de la cual Dios había hecho la promesa de un heredero fallece en su vejez. Y es un cierre digno. Sin duda, de respeto por la persona, que es creación de Dios. ¿Cuál es el propósito de estos capítulos que siguen? Bueno, el propósito de estos capítulos, el 23, 24 e incluso el 25, es hacer la transición, mostrar que Dios permanece en el control de la historia y que su promesa se va a cumplir a través de los descendientes de Abraham, alcanzando a su hijo Isaac y más tarde también a su nieto Jacob. Además, vale la pena observar aquí la relación pacífica de Abraham con otras naciones. Vimos su papel frente al conflicto con Sodoma, vimos su relación con los filisteos y ahora también con los hititas, mostrando la relación de Abraham con las otras naciones, ante las cuales Dios lo ha puesto como una bendición para todas ellas.

Continuando con el texto, el capítulo 24, habiendo pasado su tiempo de luto por la muerte de Sara, pone la mirada en el futuro. Ahora Abraham está preocupado de que la promesa continúe y de lo que será de Isaac, por lo que convoca a su criado, el que es responsable de su casa, muy probablemente Eliezer de Damasco, y le pide que preste juramento. El texto dice: «Pon ahora tu mano debajo de mi muslo. Voy a hacer que me jures por el Señor, el Dios de los cielos y la tierra, que no tomarás para mujer de mi hijo a ninguna de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito. Más bien, irás a mi tierra, con mis parientes, y allí tomarás mujer para mi hijo Isaac.»

Es que Abraham sabía que el ambiente de la tierra de Canaán en los aspectos religiosos y morales sería muy problemático y complicado, por lo que le pide a su criado que regrese a la región mesopotámica para allí, entre sus propios parientes, poder encontrar una esposa para Isaac su hijo. Y ese siervo de Abraham se embarca en esta difícil tarea. Me llama la atención la inseguridad en sus respuestas, como que tiene miedo de no lograr cumplir con la misión. Dice: “Tal vez la mujer no quiera venir conmigo a esta tierra.”

Y llama más la atención, ante esa inseguridad, que el texto se enfoca mucho en la oración. El versículo siete, muestra al siervo de Abraham orando, pidiendo que Dios lo ayude, que Dios lo ampare, que Dios confirme y corone con éxito su viaje. Fíjense, él se marcha con diez camellos y se va a la región de Mesopotamia, llamada en el texto hebreo de Aram Najarayin y va a buscar a la mujer para Isaac. Él solicita bendición divina en la búsqueda y pide que Dios produzca un encuentro con la persona correcta. Y allí es dónde Dios arregla las cosas para que aparezca Rebeca. Rebeca aparece en el versículo 15 después de que él estaba orando y, como señal de Dios, ella confirma lo que estaba presente en la oración del siervo de Abraham.

En el versículo 15 dice que “Sucedió que, antes de que él acabara de hablar, apareció Rebeca, que había salido con su cántaro al hombro. Rebeca era hija de Betuel, quien era hijo de Milca, la mujer de Najor, el hermano de Abrahán. Observa que, dentro del clan de la familia ampliada de Abraham, su sobrina nieta aparece aquí. “Esta joven era de aspecto muy hermoso, y aún virgen, pues no había conocido varón; ella bajó a la fuente, llenó su cántaro, y se dispuso a volver. Pero el criado corrió hacia ella y le dijo: «Te ruego que me des a beber un poco de agua de tu cántaro.» Ella respondió: «Bebe, señor mío.» Y presurosa bajó el cántaro que llevaba, y le dio a beber. Cuando acabó de darle de beber, dijo: «También sacaré agua para tus camellos, hasta que acaben de beber.»”

La joven demostró ser la respuesta a la oración del Dios que lidera el destino de las naciones y también actúa en la vida individual y privada del ser humano. Y entonces, después de esa reunión, el sirviente de Abraham va a la casa de los familiares del patriarca y habla con ellos y hace una especie de acuerdo, conforme las costumbres del antiguo Oriente próximo. Rebeca se ve movida en el corazón a seguir a ese hombre y se dirige a la tierra de Canaán para convertirse en la esposa de Isaac, hijo de Abraham, cumpliendo así el procedimiento de la palabra divina y la promesa de Dios a su siervo Isaac. Así que, después de todas las conversaciones, las negociaciones, los preparativos, el texto sagrado nos dice que Rebeca es invitada a venir, ella acepta y su familia deja ir a su hermana Rebeca y a su nodriza, y también al criado de Abrahán y a sus hombres.

Y a Rebeca la bendijeron así: «Hermana nuestra, que seas la madre de miles y miles, y que tus descendientes conquisten las ciudades de sus enemigos.» Entonces Rebeca y sus sirvientes se prepararon, montaron sus camellos y se fueron con el sirviente de Abrahán. Tras el viaje, llega el momento del encuentro con su prometido que muy es particular. Isaac regresaba del pozo de Lajay Roí, porque vivía en la región del Néguev y había salido del campamento a caminar y meditar. De pronto, al levantar la vista, vio que se acercaban unos camellos. También Rebeca levantó la

vista y, al ver a Isaac, se bajó del camello y le preguntó al criado: ¿Quién es este varón que anda por el campo y viene a nuestro encuentro?» Y el criado le respondió: «Es mi señor.» Entonces ella tomó el velo y se cubrió, y el criado le contó a Isaac todo lo que había hecho.”

Y entonces, llega el momento romántico de esta reunión especial, que obviamente es un romanticismo al estilo de la vieja escuela. Los novios se acaban de conocer, pero la forma de ser de la cultura era muy diferente. Entonces Isaac llevó a Rebeca a la tienda de su madre. La boda se lleva a cabo aquí. El texto resalta que su madre Sara había fallecido, queriendo decir que una mujer importante en la historia dejó la escena y ahora la próxima mujer importante surgirá, convirtiéndose en la esposa de Isaac, y él, dice el texto, la amó, y así se consoló de la muerte de su madre. Dios siguió en el control de la historia. Sara murió y en el momento de duelo y tristeza, Rebeca aparece dentro del mismo clan de la familia de Abrahán para ser la esposa de Isaac. Y todo esto para que a través de esta boda que viene con mucha alegría y celebración, Dios muestre Su soberanía en el control de la historia, haciendo que Su promesa siga adelante. Siga firme a través de la generación de Abrahán, para finalmente culminar en Jacob. Jacob se convertirá en la próxima persona importante en el libro de Génesis, en la historia de la redención humana forjada por el propio Dios.